



*Mi nombre es Lidia García Romero, pero todo el mundo me conoce como Lili. Soy la bibliotecaria de Cubas de la Sagra, una profesión con más misterios de los que la gente imagina.*

*Todos los años preparo algo especial para Halloween. Un cuentacuentos y un pasaje del terror basado en alguna novela de miedo eran ya todo un clásico de la biblioteca y también todo un éxito. Este no iba a ser diferente, aunque... sí más misterioso y terrorífico.*

*Ya había escuchado ruidos extraños mientras montaba, junto con algunos voluntarios, el pasaje del terror. No les*





había dado demasiada importancia, con tanta gente allí, era probable que no fuera nada. Sin embargo, cuando los últimos adolescentes salieron de la biblioteca y me quedé sola, aquellos sonidos se hicieron más patentes.

Eran como arañazos, seguidos de sonidos guturales. Un escalofrío me recorrió de arriba abajo. ¿Qué había allí que hiciese ese ruido?

Primero pensé que quizás fueran las cañerías, pero jamás habían sonado así. ¿Electricidad?



El corazón por poco se me sale del pecho cuando escuché un estruendo, como si alguien hubiese tirado algo metálico al suelo.

—¿Hay alguien ahí? —inquirí con voz temblorosa, tomando como arma un paraguas que alguien había dejado olvidado allí, quién sabe cuándo.



Nadie respondió, pero volví a escuchar los arañazos. Venían de la sala en la que había dispuesto cuencos con caramelos para que los visitantes se sirvieran ellos mismos.

Entré en la estancia atenazada de miedo, esgrimiendo el paraguas como si fuese una espada.



—¿Hola? —dije en apenas un susurro inaudible, temblando como un flan.

Aquel lugar lo habíamos decorado con fantasmas de papel que colgaban del techo y telas de araña por aquí y por allá. Era el final del pasaje del terror y estaba pensado para que la gente, ya tranquila, tomase algunos dulces antes de irse. La luz provenía de unos farolillos que había traído una de las voluntarias para dar ambiente y, aunque daban bastante luz, había bastantes recovecos oscuros. Agarrándome a la poca valentía que aún me quedaba, encendí la luz.

Otro golpe al caerse uno de los boles que contenían chucherías provocó que un grito agudo saliese por mi garganta a la vez que tiraba el paraguas al suelo y salía corriendo de la biblioteca.



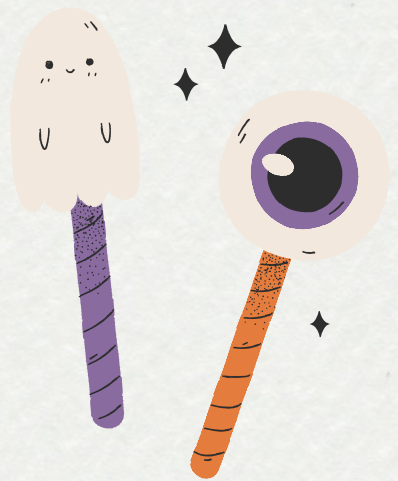
—¿Lili? ¿Estás bien?

La voz de María a mi espalda me reconfortó.

—Sí, es solo que... Hay algo ahí dentro y...

—¿En la biblioteca?

Asentí con la cabeza todavía con el corazón latiendo a demasiadas pulsaciones. A pesar de que María solo tenía dieciséis años, decidí contarle lo que había pasado.



—Vamos, seguro que todo esto tiene una explicación lógica —dijo María adentrándose en la biblioteca sin esperarme.

Dudé un segundo antes de seguirla y, cuando entré de nuevo en la sala en la que aún descansaba el paraguas en el suelo, vi la escena más extraña que jamás habría creído ver en una biblioteca. María sostenía en sus brazos un pequeño gato negro, que hacía un sonido como el que recordaba haber oído mientras decoraban el lugar.

—Creo que tengo al culpable de todo —dijo María sonriente mientras se acercaba a mí—. Es solo un gatito. Debe de haberse colado sin que te dieras cuenta.

Lo puso en mis brazos y, cuando me miró con sus inmensos ojos verdes, supe que mi vida estaría ligada desde ese momento a ese pequeño felino.

